

El arte en Teruel

Cristina Navarro expone en la Delegación de Cultura

Jerónimo BELTRAN

Llega a nosotros Cristina Navarro con cierta timidez. Porque en Teruel no era conocida. Pero nos llega —tras una trayectoria pictórica brillante— y con un género de pintura que tampoco estamos acostumbrados a ver. La autora — que finalizó sus estudios de Bellas Artes en Valencia y en Madrid — tiene en su haber un gran número de exposiciones individuales y por supuesto ha participado en muchas colectivas. Y no solo dentro del área geográfica de nuestra tierra española, sino en otros países europeos donde ha dejado eco su quehacer plástico y donde ha recibido elogiosas críticas.

Cristina Navarro nació en Ceuta pero desde su adolescencia ha vivido en Valencia. Uno de sus cuadros en tonalidades azules evocará nostálgico aquella tierra que le viera nacer. Ella intentó asomarse siempre al paisaje desde la sencillez, desde la simplicidad. La pintora es hondamente sensible, tiene limpieza en la mirada y limpios son los espacios que en pequeñas proporciones se abren a quien los contempla.

Diríamos que a Cristina le encantan los símbolos. Tras cada uno de ellos descubrimos una proyección determinada. Fenómenos atmosféricos y naturales; figuras infantiles de fauna o flora aparecen frecuentemente re-

petidos como si fueran notas musicales en un mismo pentagrama. Por eso elige pequeñas superficies cuadradas en las que la pintora vierte con ingenuidad sus vivencias. Es una manera peculiar de expresar gráficamente una determinada historia. Sus cuadros — a pesar de estar invariablemente en contextos geométricos de líneas paralelas que forman cuadrados —, no están cerrados, sino abiertos. Son como discretas "ventanas" que no pueden permanecer sino anchurosamente abiertas a las pequeñas cosas. No es lo sublime por las dimensiones lo que mueve a la pintora a manejar diestramente la paleta sino la "pequeñez" de las cristuras. Todo ello en una especie de realismo que se convierte forzosamente en simbolismo y adquiere así evocadoras sugerencias como vehículo comunicativo.

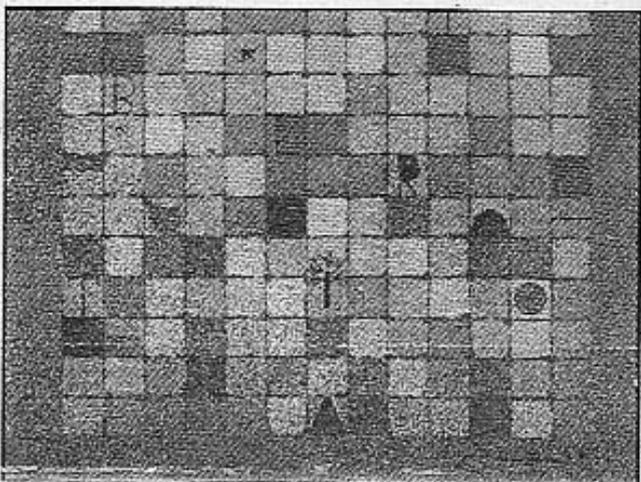
En esta dirección Cristina Navarro nos ofrece diversas técnicas artísticas: óleos, acrílicos sobre tabla y grabados. Del primer género presenta dos cuadros. Ambos coloristas y cálidos en los que unas letras darán la clave interpretativa: "Libertad" y "Mar". Pretenden ser como un canto alegre a esas dos alegres realidades reflejadas en la temática.

En los acrílicos — más numerosos y en los que predominan tonalidades y gamas azules en anchuroso abanico cromático —, encontramos sugestivas evocaciones al paisaje suizo en invierno donde no faltan la nieve y la montaña. O el arco iris, anuncio gozoso del sol que tanto alegra. O se presentará plásticamente el contenido literario de algunos poemas de autores como Machado, Juan Ramón Jiménez o el chileno Ruidobro. Incluso se insertan frases de los mismos en alguna de esas "ventanas abiertas". Así sucede en el que la pin-

tora — impulsada sin duda por el aliento poético-espacial de Ruidobro — se abre al mundo planetario para decir con concreción "No trato de hacer feliz o desgraciado a nadie" o "Sufro desde que era nebulosa".

Una buena parte de la exposición está constituida por los "grabados". Sobre la plancha metálica Cristina trabaja bien las superficies, de tal modo que puedan devolvernos cromatismos nada fáciles de lograr. Ahondando en la misma dirección volverán a reaparecer pequeños objetos, tan sencillos como las flores, las siluetas de algún campanario, unas letras caprichosamente dispuestas, unos pájaros... Flores, siluetas, letras, pájaros en el horizonte plástico de la superficie reproducida. O en otras ocasiones se refleja más realísticamente el paisaje, como sucede con "La Casa de Cristal" del célebre parque madrileño — trabajado en grises y azules —, o el "Templo" de San Sebastián en suaves tonalidades verdes.

Hasta el día 28 de febrero podrán contemplarse sus cuadros en la sala "Pablo Serrano" de la Delegación de Cultura. La pintora nos presenta su obra y su quehacer indudable al servicio de una inquietante búsqueda. Desearía que los espectadores se supieran acercar a este mundo pictórico con sencillez y limpieza en la mirada. Porque entonces conectarían con ese mundo interior de la pintora, que necesita salir de alguna manera por esas pequeñas "ventanas".



Cristina Navarro

“El cuadro debe hablar, pero de sí mismo”

V. A.

CRISTINA Navarro comenzó a estudiar Bellas Artes mientras en París se dedicaban a levantar el empedrado de las calles, primero en la Escuela de San Carlos, de Valencia, y después en la de San Fernando, de Madrid, centrando toda su atención en la pintura y el grabado, especialidades a las que se ha mantenido fiel hasta el momento. “El grabado —comenta Cristina— es una de las especialidades más atractivas y muy rica a nivel de posibilidades. Es una técnica que nunca deja de sorprenderme y con la que me encuentro muy a gusto. Tiene una parte muy misteriosa que lo hace muy atractivo.”

Estamos charlando en su terreno, en su casa en la que también tiene instalado el estudio que piensa ampliar, pero aun así su timidez (que me apuntan como uno de sus rasgos característicos) se impone. Cuando le pregunto cómo se plantea sus obras, me explica que trabaja en torno a una idea, “a unas motivaciones internas, y quiero que éstas se reflejen pero que no necesariamente la gente las entienda. El trabajo me interesa muy de cara a mí. Luego camufló algo mi idea”.

Con las piernas cruzadas encima del sillón y las manos entrelazadas comenta que “lo importante es la obra, el cuadro en sí, y no tanto lo que yo tenga que decir. Si escribiese un libro ya sería otra cosa. El cuadro debe hablar, pero de sí mismo”.

Ultimamente, Cristina Navarro ha centrado su atención más en la pintura que en el grabado, preparando sus exposiciones individuales en la ciudad holandesa de Utrecht y en el Museo de Albacete.

La utilización de colores suaves y la ordenación geométrica dan como resultado una obra que a la gente le gusta ver, y

Cristina lo sabe. “Mi obra es bonita, y me gusta que la gente la vea. Lo demás que se lo inventen ellos, que cada uno lo interprete.” También, cuando se le pregunta por qué utiliza esos tonos tan característicos de toda su producción explica que “los colores que utilizo van en consonancia con todo lo demás”.

Cristina también se ha dedicado al diseño de carteles y a la ilustración de textos, tanto en narrativa como en poesía, lo que da pie a entrar en la discusión sobre la necesidad o no de acoplarse totalmente al texto. Para Cristina Navarro el texto es lo primero y hay que supeditarse a él. “La ilustración de textos es un buen ejercicio intelectual porque te obliga a acondicionarte al texto. Hay que intentar poner tu trabajo en función de él, lo que exige un esfuerzo mucho mayor que cuando piensas una obra para ti. Si no te supeditas a lo escrito, para mí ese trabajo no tiene validez. Aunque también tengo que reconocer que, por ejemplo, la poesía te da muchas más posibilidades de reinterpretación.”

Continuamos hablando en su “sala de estar” enmoquetada en la que los zapatos tienen el paso vedado —y con las paredes repletas de obras de amigos—. Mirando a nuestro alrededor comentamos los cambios de estilo y de modas que se han producido en los últimos años. Provo­cando el asombro de los que allí nos encontramos y que hemos visto desde sus primeras obras hasta las últimas, Cristina afirma que su obra no ha cambiado. Luego, viendo nuestras caras, se explica: “Empecé contando historias y sigo contando historias. Nunca ha habido un corte, sino una evolución más o menos lenta en mi obra. Puede que objetivamente, vista desde fuera, mi pintura haya cambiado, pero subjetivamente no lo veo así.”

